

## Capítulo 7. REPOSAR.

Fragmento tomado del libro *El otro Oriente. Más allá del diálogo*.  
Juan Masiá S.J. Editorial Sal Terrae, 2006.

Las tradiciones orientales ayudan a contrarrestar el excesivo énfasis occidental en el individuo. Hay que pasar por el olvido del sujeto para encaminarse hacia su recuperación en el seno de lo absoluto. La aportación oriental, en el Budismo Zen, por ejemplo, es la de un pensar arraigado en la corporalidad y en medio de la naturaleza. Un pensar en el que el sujeto debe, ante todo, salir de sí. Un pensar que, en silencio, escucha y camina, más que hablar y manipular. Un pensar que, por el despojo de la subjetividad limitada, se abre receptivo a un yo más hondo y sin fronteras: un sí mismo que, como dice el filósofo japonés Y. Yuasa, “trasciende sumergiéndose para expansionarse, en vez de afirmarse para elevarse hacia las nubes”. Un yo que, negándose y perdiéndose, se encuentra. Un yo que no devora al otro, sino que se abre, al encontrarse acogido por todo y por todos. Se llega a ese punto cuando, al romperse sus límites, las cosas dejan de percibirse como obstáculos, y las personas como amenazas, allí donde desaparecen todas las dualidades y oposiciones. Por eso la insistencia en el Zen en rechazar todas las dicotomías. Pero no es tarea fácil.

(...)

Nos invita esta aportación oriental a repensar nuestras antropologías occidentales. Nos invita a dar el paso, desde la filosofía del logos, de la acción y del sujeto, a una filosofía de la contemplación, la receptividad y el salir de sí. Pero para poder pensar así quizá tendríamos que cerrar por un momento los libros de filosofía y salir a cortar hierba en el jardín, o dar un paseo por el campo, “tocando aromas, oyendo el tacto de la tierra, allí donde se huele el silencio” como habría dicho Dogen en su *Arte de mirar*.

Dogen (1200-1254), el budista reformador del Zen en el Japón del siglo XIII, hablaba de perderse para encontrarse, de negación y olvido de sí por parte del sujeto para descubrir su propia profundidad. Insiste en la necesidad de percatarse de lo mucho que nos engañamos a nosotros mismos. Por eso se refiere a menudo a la oposición existente en nuestro interior entre el yo engañado y el original; aunque, para ser más exactos, no se trata de “oposición”, ya que ambos no están al mismo nivel, sino de un quedar sofocado el yo original por el yo engañado. Salir de sí equivale a salir del yo engañado y superficial, para redescubrir lo mejor nuestro.